

reunirse llevada del espíritu exaltado de su responsabilidad, asistida de todo género de ayuda, de toda clase de preparación, para resolver las complicadas proposiciones que se habrán de proponer? Desechemos una ilusión semejante de nuestra mente. Enfren-témonos de la misma manera a la realidad, tan frecuentemente olvidada en discusiones de salón en donde suelen abordarse semejante clase de negocios. ¿Por qué será que la mente humana, cuando se trata de cuestiones tan trascendentales como la paz común de la tierra y la seguridad de la humanidad, entran en su estudio y discusión con la mayor de las repugnancias? Nosotros somos las creaturas triviales, no vivimos de un año al otro, sino de un día al otro. Nuestra mente, naturalmente, alcanza visiones cortas y se distrae en asuntos inmediatos y pequeños. Olvidamos con asombrosa facilidad y estas circunstancias son igualmente ciertas tratándose del alto personal político que habrá de congregarse en Washington, como refiriéndose al empleado que, fatigado por el exceso de trabajo, leerá acerca de la conferencia en el tranvía, de camino para su casa. Estas grandes cuestiones afectan a todo el mundo, de la misma manera son demasiado grandes para todo el mundo. Requieren un gran esfuerzo intelectual y moral si han de ser tratadas de manera efectiva. Encuentro en mí mismo el mejor ejemplo de esta incurable tendencia hacia la frivolidad. La ciencia se sirve del microscopio para ayudar al telescopio y la partícula infinitamente pequeña ilumina lo infinitamente grande. Si esta marea que nos conduce hacia la guerra no es contenida en el curso de pocos años, alcanzará ciertamente a mis hijos, podrá mutilarlos o matarlos y mi mujer y yo, en lugar de pasar nuestros últimos años en la comodidad, nos veremos abrumados por la desgracia y pereceremos tal vez de manera desdichada, como millares de familias, de la clase de la nuestra, han sucumbido ya en Austria y Rusia. Esto de fijo nos espera a la mayor parte de nosotros si fracasan los esfuerzos concentrados en Washington en su propósito de lograr la paz permanente. Y cuando recuerdo mi conducta durante las pasadas semanas, me asombro de mi propia ligereza, al haberme interesado inmensamente por mi viaje a través del Atlántico, al haberme divertido en grado sumo con las disertaciones de un buen número de pasajeros acerca del pequeño asunto de la prohibición, habiéndome dedicado, al llegar, a buscar a mis amigos, a comparar el Nueva York de hoy con el de hace quince años, a pasear la tarde vagando por la Quinta Avenida, divertido infantilmente por los aparadores y la multitud.

Sin embargo, nadie sabe mejor que yo que esta ciudad atractiva, brillante, llena de ruido y edificios que parecen torres, se encuentra en inminente peligro. Dentro de pocos años el mismo viento helado de desastre económico que sopló sobre Petersburgo y llevó la muerte a la antigua Varsovia, podrá tal vez cubrir de herrumbre esta vitalidad. Dentro de poco, en el curso de mi vida misma, Nueva York talvez se encuentre más ruinoso, más vacío que el Petersburgo terriblemente herido por el destino. Sin embargo, aparte de la trivialidad de nuestra atención y nuestra disposición patética que nos conduce tan directamente como es posible al área de los pensamientos agradables,—que estoy seguro cada uno de los estadistas y políticos de la conferencia comparte hasta cierto punto con el lector y conmigo,—nos encontramos embarazados, cada uno de nosotros, por prejuicios y conclusiones prematuras. Considerad si no el patriotismo, la pasión que nos hace ver las cuestiones humanas como competidoras entre sí, en lugar de como interés común, un juego en el cual nuestra misión consiste en lograr para nosotros lo mejor, sin consideración al resto de la humanidad. Por mi parte, aunque poco me preocupo del Imperio Británico, que estimo ser una cosa remendada sólo temporalmente, abrigo un orgullo apasionado por llevar la misma sangre que corrió por las venas de Shakespeare, Milton, Bacon, Cromwell, Newton, Washington, Nelson y Lincoln.

Cada uno de los espíritus que habrán de reunirse en Washington tendrá algo de tal inclinación, que le pondrá en el caso de aprovechar una ventaja personal, que muy imperfectamente podrá suprimir su animosidad racial, sus enemistades nacionales; que estará mentalmente nublado e influenciado. No dudo que tendrán impaciencia por disfrutar de un tiempo de excitación y esparcimiento en Washington, que se convertirá en el foco de los asuntos mundiales, donde toda clase de distinguidos personajes se dirigen con ojos brillantes de expectación. Se darán lunches, banquetes, recepciones, y como en todos los casos de parecidos acontecimientos sociales, habrá abundancia de incidentes dramáticos, lances, flirts, escándalos, celos. Será un tiempo de lo más distraído y difícilmente podrá nadie conservar en la mente su verdadera significación. Por este motivo permitámonos repetir aquí su verdadera significación. La gran guerra ha dado un golpe a los preciosos cimientos de nuestra civilización, ha sacudido el sistema monetario universal, que es el sostén de toda nuestra vida económica. La podredumbre de nuestra civilización se está exten-

diendo rápidamente y nada se hace para detenerla. La producción se estanca y vacila y todo esto solamente puede reponerse como resultado de una acción colectiva y franca de parte de los principales poderes de la tierra. Por ahora las naciones más poderosas del mundo no muestran signos de esta acción colectiva, pretendiendo aún ser potencias en el mundo, inspiradas todavía por las rancias ideas de soberanía nacional y competencia internacional, y aunque todas ellas están a la orilla de la quiebra, aún se consagran al desarrollo de nuevos ejércitos y flotas, por decir que están en el período de preparación para otras guerras. No puede existir estabilidad, no puede realizarse un alivio general en tanto que este amenazador estado de cosas persista; la escasez continuará, el hambre habrá de extenderse por poblaciones y ciudades, las comunicaciones se empobrecerán, las masas de gente sin empleo recurrirán cada vez a protestas más violentas, hasta llegar a asumir un carácter casi revolucionario. La educación se debilitará, la seguridad social se bamboleará para dar para dar paso a la anarquía; la civilización como nosotros la conocemos desaparecerá y una nueva era negra empezará. Y no es que esta fatalidad esté amenazando a la civilización, sino que se está desarrollando ya contra ella, ante nuestros propios ojos. No se va a hundir el barco de la civilización en un término de cinco o cincuenta años, sino que se está yendo a fondo ahora mismo. Rusia se encuentra bajo la línea del agua, ha dejado de producir, se consume de hambre. Grandes áreas de la Europa oriental y de Asia se van hundiendo hacia el mismo nivel. Las áreas industriales de Alemania se ven amenazadas de descenso parecido. El invierno traerá consigo la época más cruel para el trabajador inglés, el pulso de los negocios en los Estados Unidos se debilita. Para enfrentarse con esta situación en las cuestiones mundiales, se reúne en Washington una multitud formada de representantes apresuradamente escogidos y sus asociados, empleados y satélites. Todos ellos son, desde el Presidente Harding hasta la más humilde taquígrafa, seres humanos, lo que equivale a decir que son por lo que ve a su facultad de atención, triviales, egoístas, evasivos, patriotas con prejuicios, creaturas incapaces de abrigar un egoísmo que prevea por más de un año, más o menos, para el futuro. Cada uno de ellos está ofuscado por alguna especie de interés personal que le hará torcer las realidades con que tendrá que enfrentarse. Los políticos tienen que pensar en su prestigio personal, en sus partidos, los expertos navales y mili-